

ALICE

Hola, me llamo César, tengo 21 años y vivo solo en un apartamento en Bélgica. Hace unos meses, empezó a expandirse una mutación de un virus llamado SARS-19, un virus que se creó hace treinta y siete años, en el 2020. Causó un gran estrago, a pesar de ser un virus no muy mortal. Esto fue debido a que se expandía muy rápido. Al cabo de un año hicieron la vacuna. Actualmente, una mutación de este virus ha provocado que nos encierren a todos en casa puesto que es más peligroso, el índice de mortalidad es muy elevado.

El confinamiento al principio no cambió mucho mi vida, ya que antes tampoco salía mucho, solo para trabajar. Tengo un único amigo, Igor, vive en Luxemburgo, donde vivía yo hace dos años antes de mudarme a Bélgica. Se supone que somos mejores amigos, aunque sinceramente, es mi único amigo, es repelente como el solo, pero tenemos los mismos gustos. Cuando comenzó el confinamiento, hablaba con él por redes sociales y, de vez en cuando, jugábamos a videojuegos juntos. Fuera de esto, no tengo ningún otro tipo de relación.

Para evitar salir de casa, el gobierno nos ha proporcionado un robot para que haga los recados por nosotros y, también, para que la gente que vive sola como yo, tengamos un poco de compañía. Mucha gente ya disponía de estos robots, pero ahora los tenemos todos. Mi robot es una mujer, se llama Alice. Sinceramente, si Alice hubiese aparecido por primera vez delante de mí y no me dicen que es un robot, hubiera pensado que es una persona de carne y hueso. Al principio no le hacía caso ni le respondía a cosas como "Hola, ¿qué tal estás, César?" porque me chirriaba la idea de que fuese una máquina. Al cabo de unas semanas, comencé a responder con respuestas cortas y secas, pero ella era muy insistente y de vez en cuando acabábamos entablando conversaciones.

El tiempo iba pasando, la idea de que era un robot se iba esfumando. Nos reíamos, hablábamos más, jugaba conmigo al ajedrez, aunque yo perdía, siempre me enseñaba una cosa nueva muy dulcemente. Llegó el día en el que incluso la trataba como si nos conociéramos desde pequeños. No era del todo consciente de que estaba conectando emocionalmente con un robot.

Acabó el confinamiento y se llevaron a Alice. Me dio mucha pena desconectarla, pero me repetía a mí mismo que era una máquina. Volví al trabajo, pero mi vida era

aburrida y empecé a echar de menos a Alice. Los días eran cada vez más grises. Intenté salir y socializar, pero la gente había cambiado debido al largo confinamiento, y yo también había cambiado. Me sentía cada vez más solo. No me podía quitar de la cabeza a Alice. ¿Era posible querer de igual manera a una persona que a una máquina? Lo que sí tenía claro es que la echaba mucho en falta y me sentía vacío sin ella. No me la podía quitar de la cabeza.

Días después, en un supermercado vi a Alice. Sin pensar corrí hacia ella.

–¡Alice! –grité entusiasmado.

No respondió. Continuó haciendo la compra. La agarré del brazo y dije:

–Soy César.

–Su nombre no aparece en la lista de contactos del señor Dubois –contestó apartando su brazo.

Me quedé mirándola mientras ella continuaba con sus quehaceres.

De repente, a unos metros se acercaba una mujer hacia nosotros. La miré. No me podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Era otro robot igual que Alice.